

EL GLOBO

DIARIO ILUSTRADO



NUESTROS GRABADOS.

LOS CHALANES

(Cuarto de S. Julio, 1875.)

El autor de esta preciosa obra que hoy publicamos en El Globo, ha visitado nuestras provincias andaluzas y vivido durante mucho tiempo entre nosotros.

Además M. Worma ha sabido ver nuestras costumbres, nuestros tipos, el modo de ser de los tratantes en cabalgaduras, que bien merecen un estudio detenido. Contra lo que generalmente se observa en cuantos dibujos y descripciones referentes á España se publican en Francia, el cuadro de Worma tiene verdadero color español y flamenco.

Representa un mercado de caballerías en uno de los pueblos de la provincia de Granada: en primer término se ven, á la izquierda, el comprador, tipo de un labrador de las Alpujarras, el cual trata de convencer el amo de la cabalgadura que está contemplando, de las excelentes y poder de la misma; á la derecha, un dependiente del tratante, ó subtratante, como si dijéramos, diestro en hacer bailar á un caballo de piedra y capaz de resucitar al esqueleto de un potro, obliga al animal á representar el papel de furioso, cuando todavía no ha pasado de loco pacífico, y la refrena y le obliga á marchar de costado y retrocediendo, y á inquietarse y pisar, como si sufriera las convulsiones que produce una corriente eléctrica en el potro más venerable.

Hay verdad en el paisaje, verdad en los tipos, en la colocación de las figuras y en su expresión.

Parece que se oye decir al dueño del jaco, mo-trándole al comprador:

— ¡Dipenda-osté que manos y que remol!

— A lo que se adivina la contestación del labriego:

— ¡Pax misse no los di-quilo.

Y el honrado dependiente, caballero en la bestia, replica:

— ¡Qué remol vasté á di-quéla si este es un potro de vapor!

En segundo término se ve un grupo, tomándole la mano á un pollino, mientras á derecha practican varios experimentos, sobre el mismo tema, otros sujetos.

El cuadro basta para acreditar á un pintor de costumbres.

LA SERPIENTE DEL HILO.

DIALOGOS ROMANCES.

XIV.

(Continuacion.)

COROS DE VIRGENES.

Ya viene la hermosísima Cleopatra con los atributos de Isis. Sobre su espaciosa frente se elevan los argenteos cuernos en que descansan y reposa el sol de oro. Una túnica blanca, como la argentea de los valles, se cilia á su cuerpo, hincándola con los reflejos de la luna; negro manto sembrado de estrellas, con de sus hombros señalándose, al manto de la

noche. En el carro de oro se asienta, rígida, tan solemne como una estatua, y sus blancos brillos cubren la arriastran por las calles cubiertas de tapices y sembradas de guirnaldas. Preceden los animales simbólicos, y sigue innumerable cortejo compuesto de devotos á Isis, cuya imagen más bella veía una en la divina Cleopatra. Los devotos la aclaman, de divertidas maneras revestidos. Lleva unos fanaltes á guisa de soldado; otros otras almidas que apenas llegan á la rodilla, lujera espada al cinto, venablos de cazador, en las manos; estos, borregos de oro, trajes de seda recamados de pedrerías, anillos, el casco y el escudo de los establos. Para divertir al pueblo sedistrazan varios de magisterados y fingen graveschismas, en tanto que otros se cubren las sandalias y se ponen posturas las melenas y las barbas de los filósofos. Pero en cuanto llega la diosa, la maga Cleopatra, todos se olvidan de su hermosura. Las más graciosas jóvenes grietas, escrupas, rubias, vestidas de blanco y coronadas de primaverales guirnaldas, arrojan hojas de olorostimas flores. Algunas llevan en sus espaldas brillidos espejos, para que la diosa pueda ver y contemplar á cuantos la acompañan y la siguen. Otras ostentan en sus manos caprichosos peines de marfil, y fingen con sus ademanes sabiamente posar y tocar los cabellos de la hermosísima diosa. Toda muerte de candelabros, lámparas, incensarios, faroles de diversas formas y de riquísimos metales, indican los atributos de aquella divinidad que se asienta sobre los astros. Las sinfonías más dulces repiten la música melodiosa de las estrellas y de sus incommunicables y divinas caderas. Solemnemente entadas suben á las alturas, como llevadas en las nubes del incenso. Ejércitos de esclavos, lujosamente vestidos, quemar perfumes de la Arabia. Las incensas se adelantan con los pies desnudos y las cabezas cubiertas de transparentes gasas, y los iniciados tocan platillos de acero, de plata, de oro, produciendo metálicas escalas de armoniosos sonidos. Luego siguen los pontífices llevando sobre su pecho, cubierto de blanco lino, las imágenes de los grandes astros á que consagra cada uno de ellos su culto. Y giran la procecion las vestes, las osas, las monas, los dioses con cabeza de perro; el genio que baja del cielo al infierno y sube del infierno al cielo, á veces resplandeciente como el sol, y á veces oscuro como la noche, á manera de nube relampagueante; y la urna de oro, sobre la cual levanta su cabeza de esmeraldas un Incendio aspid pecamado de deslumbradoras escamas.

CORO DE SACERDOTES.

El gran general que protege á nuestra reina recibió la sagrada iniciación egipcia en los profundos misterios. Su cuerpo se ha purificado en la penitencia y se ha enardecido su alma en las augustas ceremonias. Ha pe-

Los chalanos (Cuadro de M. Julio Worma)

